

que lo encadena á su voluntad. Por eso su divino Hijo se anticipa á sus súplicas, y la dice como Salomon á Betsabé: "Pedid, madre mia; que no puedo negaros nada."

Invocaciones.—Perdonad, Señor, perdonad á vuestro pueblo; ya no esteis irritado contra nosotros.

Oh María, socorro de los cristianos, rogad por la Malasial

Práctica.—Recitar el *Ave Maria Stella*.

DIA XXIV.

COLERA DE AMAN.

I.

Una vez terminado el festin, se retiró Aman ébrio de alegría; pero al salir del palacio se encontró con Mardocheo que estaba sentado en la puerta. Este no solo no se levantó delante del orgulloso ministro, pero ni se movió del lugar que ocupaba. Aman concibió una gran indignacion. Y nosotros debemas admirar la conducta de Mardocheo.

Este digno hijo de Abraham está condenado á muerte, y todo su pueblo con él: él lo sabe; pasa delante de él el autor del decreto de exterminio. Este decreto lo moti-

va la negativa de Mardocheo de adorar al verdugo de su nacion. Tal vez era todavía tiempo, de hacerlo revocar doblando la rodilla. Pero no lo hace, lo defiende Dios. Quiere mejor exponerse lo mismo que á toda su raza, á una muerte segura, antes que desobedecer á Dios, cométiendo un acto de cobarde respeto humano.

II.

Aman disimuló su cólera, y entró en su casa, en donde reunió á sus amigos con su mujer Zarés. Lleno de orgullo, le manifestó cuál era la grandeza de sus riquezas, el número de sus hijos, lo que era en Oriente, y el inmenso honor de que gozaba estando colocado arriba de todos los príncipes del imperio.

Como complemento de gloria agregó: "Tan solo á mí convidó la reina Ester al festin que dió al rey; y mañana debo comer otra vez con ella y con el rey. A pesar de todos estos favores, creo no tener

nada, mientras vea al judío Mardocheo sentado delante de la puerta del palacio, y negándose á doblar la rodilla á mi paso."

III.

Zarés y sus amigos le contestaron: "Mandad levantar una horca muy elevada, que tenga veinticinco codos de altura para que sea vista en toda la ciudad. Decid al rey mañana temprano que haga prender á Mardocheo, é ireis lleno de gozo al festin con el rey." Le plació este consejo y ordenó se preparara la horca.

Qué pasaba en el palacio de Asnero, mientras en la casa de Aman se decidía el suplicio de Mardocheo?

IV.

Asnero pasó la noche sin dormir. Para distraerse se hizo llevar los anales de su reinado. Se los hizo leer y llegó al caso en donde estaba escrito de qué manera Mardocheo descubrió la conspiracion de

Bagathan y de Tharés, que querian asesinar al rey Asuero. En este punto, el rey detuvo al lector y preguntó: "Qué recompensa recibió Mardocheo por ese acto de fidelidad?" Sus servidores y sus oficiales le contestaron: "No ha recibido todavía recompensa ninguna." El rey guardó silencio.

V.

Antes de la hora ordinaria de las recepciones, se oyó un ruido en la sala de espera. Asuero preguntó sorprendido: "Qué ocurre en la antecámara?" Sus servidores le contestaron: "Es Aman." Deseoso de la venganza, Aman adelantó la hora de las audiencias para quedarse solo con el rey, y obtener inmediatamente la sentencia de muerte contra Mardocheo.

VI.

Aquí es preciso detenerse un instante para admirar los designios de la Providencia. Para llegar á los fines, todo le es

lícito. Una cosa puramente natural y bastante indiferente en sí, el insomnio de Asuero, va á dar origen á un desenlace imprevisto que será á la vez el castigo de los cobardes y la salud de los judíos. Para contribuir á su triunfo eficazmente, va á servir el inexplicable olvido en que se dejó el servicio prestado por Mardocheo.

Sin el insomnio, no habria tenido lugar la lectura de los anales, y si Mardocheo hubiera sido recompensado, la narración de su fidelidad no habria tenido objeto. Por último, la prisa homicida del vengativo Aman se mezclaba para hacer mas violenta la accion de la justicia divina. Que no se pierda para nosotros esta gran accion. Si las criaturas carecen de reconocimiento hácia nosotros; si Dios mismo nos hace esperar sus favores, no perdamos la confianza en el valor. Con un padre infinito en su poder é inefable en sus promesas, nada hay perdido. Dice un proverbio

que Dios no paga todos los sábados, pero que no por eso quiebra nunca.

VII.

Hemos dejado á Aman en la antecámara del rey. Por más que fuera favorito de Asuero y su primer ministro, se le habria sentenciado á muerte si se hubiera atrevido á franquear, sin que se le llamara, el dintel de la cámara del rey. Gracias á la proteccion muy particular de la Providencia, Ester tan solo habia podido hacerlo impunemente. Habiendo dicho á Asuero sus servidores que Aman estaba en la antecámara, dijo el rey: "Que entre." Aman no se lo hizo repetir; tanto así le instigaba el deseo de vengarse. Dejémosle en presencia de Asuero, á donde le hallaremos mañana.

Reflexion.—Aman se alababa á sí propio de contar con todos los elementos de la dicha. Sin embargo, no era feliz. Qué le faltaba? En el inmenso imperio de los

persas cuyas riendas tenia, un solo hombre se negaba á doblar la rodilla delante de él, y mientras no alcanzara esa genuflexion, no tendria en nada ni las riquezas, ni la felicidad, ni el poder. Lo mismo Achab, rey de Israel, no se conformaba con reinar en ricas provincias. No habia felicidad para él mientras no poseyera la pequeña viña del pobre Naboth.

Eso era sin duda una locura. Pero cuando la pasion llega á cierto punto, esta locura se hace cruel. Por no haber conseguido una genuflexion, se vengaria Aman exterminando á todo un pueblo. Naboth pagaria con su vida la negativa de entregar á Achab la viña de sus padres. En tanto que la revolucion se hacia la señora del mundo, no tendria la viña del pobre Naboth, que se llama el patrimonio de San Pedro, y no quedaria satisfecho. La tendrá? Nunca, si conseguimos que la divina Ester siga siendo su fiel guardian.

Siempre serán infelices los que se hacen esclavos de viles pasiones. Aun cuando llegaran á conseguir el objeto de sus mas ardientes deseos nunca serian felices. Al deseo satisfecho sucederá otro deseo, á éste otro, y así hasta el fin. Por eso un gran doctor, San Anselmo, compara con justicia las ambiciones que buscan la dicha en las criaturas, á los niños que corren tras de las mariposas. Se fatigan en perseguirlas, llegando con dificultad á asirlas, y cuando lo han alcanzado se regocijan como si tuvieran un tesoro, no teniendo mas que un pobre insecto.

Invocaciones.—Perdonad, Señor, perdonad á vuestro pueblo: no esteis irritado contra nosotros.

Oh María, socorro de los cristianos, rogad por el África oriental.

Práctica.—Asociarse á la obra de la Propagacion de la fé.

DIA XXV.

CONFUSION DE AMAN.

Al verse Aman á solas con Asuero, experimentó una viva alegría. Iba por fin á satisfacer su venganza; solo aguardaban sus labios el momento de abrirse para pedir el suplicio de Mardocheo. En cuanto á que lo alcanzaria lo tenia por seguro. Era tanto mas grande su confianza, cuanto que solo se trataba de un anticipo bien sencillo. Mardocheo estaba comprendido en el exterminio general de los judíos, que debia tener lugar pocos meses despues.

II.

Otro era en ese momento el pensamiento de Asuero. Ocupado del servicio que Mardocheo le prestara, y del olvido en que habia dejado á aquel fiel servidor, dijo el rey á Aman: "Qué debe hacerse con un hombre á quien desea honrar el rey?" Aman reflexionó por un instante para recordar lo que habia de mas glorioso, y pensando que el rey queria honrarle á él, se apresuró á contestar así: "El hombre á quien quiera honrar el rey debe ser revestido con el traje del rey, y colocado, con la diadema real en la cabeza, en el caballo que el rey acostumbra montar. Despues, el primero de los señores de la corte tendrá el caballo por la brida y correrá gritando en todas las plazas de la ciudad: "Así es como el rey honra á quien quiere honrar."

III.

Presentarse así en público era lo que

habia de mas honroso entre los persas. Puede decirse que era lo mas honroso en los diferentes pueblos del mundo. El traje de los reyes de Persia era un magnífico manto de púrpura adornado de ricos bordados. Su diadema formaba una especie de turbante escarlata realzado por un torzal blanco, deslumbradora por las piedras preciosas. Un collar de oro, una cimitarra con puño de oro y brazaletes tambien de oro completaban el vestido. Todos estos adornos debian ponerse á quien el rey quisiera honrar.

IV.

Al oir Asuero la respuesta de Aman, le dijo: "No perdais un instante, y haced todo lo que acabais de decir con el judío Mardocheo, que está sentado á la puerta del palacio. Cuidad de no omitir nada de lo que habeis dicho."

Un rayo que hubiera caido en la cabe-

za de Aman no le habria aterrado tanto. Haber él mismo, sin sospecharlo siquiera, trazado con celoso cuidado el programa pormenorizado de aquel cuya muerte venia á pedir confiado, y cuya horca se habia construido de manera que fuera vista por todos los habitantes de la ciudad!

Ser condenado él, Aman, el primer ministro del rey, el mas elevado personaje del imperio, á convertirse en el palafranco y el heraldo de Mardocheo, ese despreciable judío, su mortal enemigo!

Puede ofrecer la historia un ejemplo de semejante humillacion?

V.

Pero era preciso obedecer. Así pues, tomó Aman el manto real y el caballo que habia señalado. Él mismo bajó delante del palacio y con sus propias manos revistió á Mardocheo con las insignias reales, le puso la cimitarra al lado y la diadema en la cabeza en medio de la plaza que prece-

dia al palacio. Despues, siempre delante de la corte y del pueblo, tuvo el estribo con sus manos para que Mardocheo montara á caballo. El triunfador en todo el brillo de su gloria, dió la señal de marcha. Aman caminaba humildemente delante de él, gritando en alta voz en todos los cuarteles de la ciudad: "Hé aquí como merece ser hourado todo hombre á quien plazca honrar al rey."

VI.

Despues de dar la vuelta por la ciudad, fué llevado Mardocheo al palacio. Aman se apresuró en volver á su casa, gimiendo y cubierta la cabeza para no ser visto por nadie. Tenia vergüenza de andar con la frente erguida, él, que queriéndose hacer adorar como un Dios, acababa de ser visto por todos los habitantes de la ciudad, convertido en palafranco. Cubrirse la cabeza entre los persas, lo mismo que en otras muchas naciones, era se-

ñal de un duelo profundo, de gran dolor y de gran confusion.

VII.

Llegando á su casa, Aman refirió á Zares, su esposa, y á sus amigos lo que le habia pasado. Su mujer y los sabios cuyo consejo pidió, le dijeron: "Si Mardocheo, ante el cual habeis comenzado á caer, pertenece á la raza de los judíos, no podreis resistirle, y caereis del todo."

¿Hablaban ellos de la suerte por una inspiracion divina, ó derramaban sus conjeturas en la historia de los judíos á quienes constantemente se habian visto en Egipto como en Canaan salir triunfantes de sus contrarios? No importa. Su prediccion no dilató en cumplirse. Todavía hablaban del acontecimiento, cuando llegaron los chambelanes del rey, y obligaron á Aman á que fuera sin detencion al festin que habia preparado la reina.

Reflexion.—Dice el Espíritu Santo que el

hombre será castigado por donde peque. Aman es una prueba de esta sentencia. Aman es la revolucion. Mardocheo el papa. Gracias á la complicidad pública ó secreta de los reyes y de los pueblos, ha llegado la revolucion en nuestros tiempos á un apogeo sin rival. Unicamente el vicario de Jesucristo se niega á doblar la rodilla delante de ella. Solo él la combate altivamente y con inquebrantable constancia. Por eso los furoros y los gritos de muerte que lanza la revolucion contra el papado. Ha llegado el momento en que no duda en su triunfo, considerando perdido á Aman, que el poder se le escapa de las manos y se desvanecen sus proyectos.

Tal será, si conseguimos que la divina Esther tome nuestra causa en sus manos, la suerte inevitable de la revolucion. En cuanto á la iglesia, no tiene nada que temer. La barca de Pedro, puede ser agitada, pero nunca naufragará. Queremos ea-

tar seguros? Permanezcamos fieles en esa barca, en donde, velando ó durmiendo, se encuentra siempre el que manda á las olas irritadas.

Invocaciones.—Perdonad, Señor, perdonad á vuestro pueblo; no esteis ya irritado contra nosotros.

Oh María, socorro de los cristianos, rogad por el África occidental.

Práctica.—Hacer bien y con frecuencia la señal de la Cruz.

DIA XXVI.

CASTIGO DE AMAN.

I.

Ir á comer con Asuero que acababa de aplicarle la humillacion mas sangrienta, debia ser para Aman un honor bien triste, por no decir un penoso deber. Pero en el interes de su fortuna, los ambiciosos saben devorar en secreto las mas crueles afrentas. Así pues, se dirigió Aman al palacio, y entró con Asuero en la habitacion de la reina, en donde les esperaba el nuevo festin. Podian ser las dos de la tarde, porque el paseo triunfal de Mardocheo no ocupó mas que una parte de la mañana; y

Aman volvió apresurado á su casa, refirió sus desgracias, y en eso estaba cuando llegaron á llamarle los chambelanes, como hemos visto.

II.

Comenzó la comida y continuó sin incidente ninguno por algun tiempo, sin que nadie pudiera prever la catástrofe con que acabaria. Esther aguardaba el momento favorable para hablar al rey. Este mismo lo provocó, porque no olvidaba que Esther le habia dicho la víspera: "Mañana os haré conocer mis deseos." Cuando Asuero estaba algo trastornado por el vino, hizo la misma pregunta y el mismo ofrecimiento que el dia anterior. «Qué quereis de mí, Esther, y qué deseais que haga?—Aun cuando me pidiérais la mitad de mi reino, os lo daria.»

III.

Por segunda vez refiere la Escritura que Asuero se embriagaba con el vino. Esto

no quiere decir que bebiere con exceso y hasta el punto de que se turbara su razon. Sabemos ademas que los monarcas persas eran fuertes para beber, como dice el Espiritu Santo: *Potentes ad bibendum*. Refiere la historia de uno de ellos el hecho siguiente. Cuando bebia con exceso á modo de sus mas queridos cortesanos se permitió exortarlo á que se moderara, añadiendo que la embriaguez era vergonzosa, sobre todo en un rey, sobre quien están fijadas todas las miradas.

"A fin de que sepas que no bebo nunca con exceso, respondió el monarca, voy á probarte que despues de copiosas libaciones tengo la mirada y la mano tan seguras como antes." Y se puso á beber mas que de costumbre y á tragos mas largos. Cuando todos lo creian en completo estado de embriaguez, mandó al jóven hijo del cortesano que se colocara fuera de la sala del festin y se mantuviera de pié, con la

mano izquierda puesta encima de la cabeza. El rey tendió su arco diciendo: Le apunto al corazón; y envió su flecha, directamente al corazón del joven. En seguida, sacando la flecha y enseñándola al padre, agregó: "Crees que mi mano está bastante segura?" El padre respondió: "Un dios no tiraría con más precisión."

Ese acto de aquel rey y la adulación de aquel padre, muestran lo que era la naturaleza humana en el paganismo.

IV.

Mirando Esther que Asuero estaba bien dispuesto, le dijo: "Oh rey, si he encontrado gracia delante de vuestros ojos, os conjuro á que me concedais, si es de vuestro agrado, mi propia vida y la de mi pueblo. Porque todos estamos sentenciados, tanto yo como mi pueblo, á ser degollados y exterminados. Pluguiese á Dios que se nos vendiera á hombres y mujeres como á esclavos! Ese mal sería soportable y lo su-

friría yo en silencio. Pero el estermínio de todo un pueblo por nuestro enemigo, es un acto de barbarie que recae sobre el rey."

V.

Difícil es comprender la impresión que produjeron en Asuero las palabras de la joven reina. Al oírlas debió decirse para sí: "Es esto un sueño? Es Esther la que veo con mis ojos? La reina Esther, á quien amo con tanta ternura, está condenada á muerte? Y yo no lo sabía! Por adhesión hácia mí consiente en que se la arroje del palacio y se la venda como á esclava: solamente me pida gracia de la vida! Qué extraño misterio es este?"

Aman lo comprendió todo, y puede juzgarse de su terror. Sabía que Esther era judía y que comprendida como tal en el edicto de exterminio que había arrancado á Asuero por la sorpresa, pedía la gracia de la vida. Consideraba que no solo se le

concedería esta gracia, sino que el derecho de prescripción sería derogado, y que todas sus maquinaciones se volverían contra él. Ese era el principio de sus dolores.

VI.

No tardó en hacerse conmovedora aquella escena. Haciendo Asuero uso de la palabra, dijo: "Qué significa esto, y quién es bastante poderoso para atreverse á hacer lo que habeis dicho?" Esther le contestó: "El cruel enemigo que ha jurado nuestra perdición es Aman."

A estas palabras, quedó Aman sin movimiento, sin poder resistir las miradas del rey y de la reina. Asuero se levanto cólerico, y saliendo de la sala, entró en el jardín del palacio. Aman se levantó tambien de la mesa y se prosternó de rodillas para suplicar á la reina Esther le salvara la vida. Cuando Asuero volvió á la sala del festin, encontró á Aman prosternado, recargando los brazos en el asiento que ocupa-

ba Esther, y le dijo: "Cómo, quiere hacer violencia á la reina, en mi presencia y en mi casa?"

VII.

Apenas hubieron salido estas palabras de la boca del rey, cuando los chambelanes se apoderaron de Aman, y le cubrieron el rostro, como se hacia con los criminales condenados á muerte. Entonces Harbona, uno de los oficiales de servicio que acompañó al rey al festin de la reina, dijo al rey: "Hay en la casa de Aman una horca de cincuenta codos de elevacion, que hizo preparar para Mardocheo, el salvador del rey."

Asuero dijo: "Que Aman sea ahorcado."

Y fué ahorcado Aman en la misma horca que habia hecho preparar para Mardocheo, y se apaciguó la cólera del rey. La horca fué colocada en una de las puertas de la ciudad, para que el suplicio fuera mas ignominioso, y todos los que entraran y salieran pudieran ver suspendido de una

horca al que ayer todavía quería ser adorado como un Dios.

Reflexion.—Para probar la confianza de sus hijos, y hacer brillar su gloria, algunas veces Dios permite tome creces el poder de sus enemigos, hasta el punto de que parezca asegurado su triunfo. Pero cuando suena la hora, se levanta Dios y todo cambia. Así es como en un solo día vió Aman venir por tierra todos sus proyectos, alcanzando la pena merecida por su crueldad y por su orgullo. Todo esto se hacia por la intermicion de Esther.

Creemos mas que nunca que por la intercesion de la Santísima Virgen, es por la que se alcanza que los enemigos de la Iglesia, cuyo orgullo pretende hoy levantarse hasta el cielo, serán humillados y reducidos á la impotencia. Nuestro deber, sobre todo en este mes bendito, es decirle con un fervor nada comun: Divina Esther, hablad al rey por nosotros: *Loqueri Regi pro no-*

bis. Intercediendo por nosotros intercede por ella. No son los suyos nuestros enemigos? Si triunfaran no abolirian su culto? No somos su pueblo, su familia, sus hermanos y sus hermanas? Así pues, tengamos confianza. Sucede con frecuencia que cuando todo lo creemos perdido, es cuando se ha salvado todo.

Invocaciones.—Perdonad, Señor, perdonad á vuestro pueblo; no esteis irritado contra nosotros.

Oh María, socorro de los cristianos, rogad por el África Oriental.

Práctica.—Asociarse á la obra de la *Santa Infancia.*